

Queridas hermanas y hermanos:

Este año damos gracias a Dios por los votos que van a emitir Momo, Fran y Luis. Es un regalo para la Compañía su deseo de entrega, el proceso de seguimiento, la búsqueda que surge en sus vidas. También vuestras familias venidas de Baena, Palma y Valladolid toman parte en esta entrega porque supone un cambio de planes para el futuro, con expectativas distintas y con un porcentaje de incertidumbre por salir de lo que es lo “normal” y lo “lógico”.

Ser religioso y ser sacerdote se sale del patrón y del canon establecido para ser feliz, para estar realizado, para aparecer ante el público o los medios virtuales. Se podría decir que desentona con la cultura global. Hace unos cuantos años, ser religioso y sacerdote entraba dentro de lo establecido, de lo que necesitaba la comunidad católica para vivir su fe y, además, era aplaudido por una sociedad todavía cristiana (al menos en apariencia) marcada por una tradición muy monolítica, segura de sí misma y sin cuestionamiento externo. Ahora nuestra comunidad es plural, frágil y cuestionada externamente (también muchas veces dividida internamente).

Ser religioso y/o sacerdote, en nuestro caso de la Compañía de Jesús, consiste en ser “constructor de puentes” entre Dios y el mundo, entre lo Último y lo presente, entre las preguntas fundamentales y las cuestiones de cada día. Es atreverse a “apuntar a lo invisible” y “hacer un poema con nuestra vida” (Pablo D’Ors). Este camino es especial, está lleno de sorpresas y pide dejarse llevar, perseverar sin límite, dejarse seducir en el corazón, en las capas profundas y sólidas, más allá de imaginaciones infantiles o voluntarismos.

En esta ceremonia de votos, nos podemos reconocer todos como Iglesia que sigue apostando por Dios. Especialmente, una Iglesia que no olvida la centralidad de la entrega en todos los aspectos de la vida: mi tener, mi querer y mi poder (pobreza, castidad y obediencia). El Evangelio dice así: “Cualquiera que venga a mí y no me ame más que a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y hermanas, y hasta a su propia vida, no puede ser mi discípulo. El que no carga con su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo” (Lc 14, 25 y ss.). La donación de uno mismo, con lo que tiene, quiere y puede, supone un riesgo (el ego se siente amenazado) pero es también y sobre todo un camino de liberación para desarrollar una vida como Jesús que es quien inspira, alienta y concreta la misión para servir al Pueblo en lo que necesite.

Esta generosidad con Dios puede dar cierto susto porque nos quitamos aquello que nos da seguridad. A la vez, es una aventura y una seducción que asombra totalmente y que necesita tiempo para enraizarse, crecer, madurar, dar fruto y volverse finalmente a Dios. Y esto lo continuamos (no somos los primeros ni los últimos) con obras apostólicas que ayudan a difundir el Reino desde ministerios de la Palabra, de los Ejercicios, de la educación, de la investigación, de la acción social,...

En el caso de la vida religiosa, este tiempo de noviciado ha sido un tiempo de reconocimiento ante el Señor de limitaciones y debilidades. Sin embargo, este reconocimiento no lleva a la depresión, a la falta de fuerzas, o al decaimiento.

Paradójicamente, surge el agradecimiento profundo: Dios ha dado la vida, la alimenta y llama a la vida entregada (no a la vida de cualquier manera). De este “reconocer” surge “responder”: “cognoscimiento interno de tanto bien recibido, para que yo, enteramente reconociendo, pueda en todo amar y servir” [EE 233]. Esto lleva a “buscar en todas las cosas a Dios nuestro Señor” (Co. 288). Es bendecirle con la vida, gustar su presencia (Salmo 33). Sea de desolación o consolación, en contradicciones o bonanzas,... Dios se hace presente y lleva a trabajar por una misión que nos supera.

En las contradicciones, tenemos al profeta Jeremías que ve cómo la Palabra se ha vuelto un cambio irreversible en su vida. Esa Palabra le ha transformado y le ha puesto a los pies de sus propios amigos y conciudadanos. Es una Palabra que es “como un fuego abrasador, encerrado en mis huesos: me esforzaba por contenerlo, pero no podía.” Habrá dificultades, adversidades... Dios llamó y seguirá llamando, pero de forma nueva, cambiando la forma externa, presentando otros lenguajes, otras vías siempre por reconocer en la respuesta consagrada.

En el camino, tendremos que arriesgarnos. Vivir a ejemplo de Cristo haciendo las cosas “para la gloria de Dios” (1 Co 11,1) desde la tradición que hemos recibido de inserción en la sociedad española, asumiendo su diversidad; también desde la respuesta la realidad que va surgiendo y que siempre nos irá interrogando; y desde las novedades que siempre el Espíritu nos irá invitando a vivir y reconocer. Esa “gloria de Dios” es ponerse en sus manos sabiendo que hacemos una historia lo mejor que podemos, pero no sabemos el resultado final que quedará.

En estos votos, resuena la vivencia de un mundo que se siente golpeado por la pandemia. Además, hay otros conflictos que nos acompañan en la vulnerabilidad económica, la brecha educativa, la inestabilidad social y política, la falta de entendimiento en diversos órdenes, el populismo, la superficialidad, la falta de sentido, el abuso y la violencia ...

Vuestros votos hoy son una invitación a creer un poco más en la presencia de Dios por medio de Jesús. Vuestros votos son un signo que nos invita a crecer como Iglesia humildemente, sin matalotajes. Vuestros votos os llevarán a buscar modos creyentes de responder ante el mundo en que el que vivimos. Dios sigue aproximándose a nuestra vida y nos queda esperar en El. Gracias a Dios por estos votos y el de cientos de compañeros en el mundo. Gracias por vuestra vida.

Antonio J. España, SJ  
Provincial  
5 de septiembre de 2020